

Enanos que pueden crecer

Carlos Meneses

EN UN TRIS

A Carlos Meneses

He aquí el minimalista literario,
Con poca pero mucha cosa en manos,
Imaginando situaciones límite
Entre Adán y Eva humanos más que nunca,
En virtud del vigor mental de él,
Para el gran regodeo del lector,
Que con uñas y dientes se devora
De pe a pa en un tris los relatos mil
Del tocayo, colega y fiel amigo,
Allá en el umbral de Occidente siempre.

Carlos Germán Belli

Prólogo del autor

La importancia de la brevedad

La multitud de estados de ánimo marcan el ritmo de la vida. Vivimos días dominados por la velocidad, el miedo, la imposible serenidad. Se reclama lo breve en todo o casi todo. Se exige rapidez porque tras cumplir una tarea se debe enfrentar otra sin pausas. Lo aconsejable es colaborar con la acuciante necesidad de restar la menor cantidad de tiempo a todos en general y tratándose de lectura con mayor razón. Aunque sin negar el valor de hermosa literatura de interminables páginas y que incluso se puede leer en dos edades. Los jóvenes que aún tienen tiempo por estar en años de estudio, y los de tercera y cuarta edad, porque les ha llegado el descanso (pero no siempre) que impone la jubilación.

En las siguientes páginas se encontrará una gran variedad de minúsculos cuentos. De terror, de humor, serios, históricos, amorosos. Hasta pueden cumplir el papel de los antiguos entremeses en el teatro, que cubrían los espacios vacíos entre un acto y otro. Después de la lectura de veinte o cuarenta páginas seguidas de una novela o de un ensayo, y como quien coloca un punto y aparte, leer dos o tres cuentos enanos.

Palma de Mallorca, diciembre de 2011

1. HISTORIAS DE TERROR

Streptease

A una señora llamada Flora C.

Le quitó el vestido, ella lo miró sorprendida. Le quitó la sorpresa, en ella brotó una lágrima. Le quitó todas las lágrimas, ella lanzó un grito lastimero. Le quitó el grito y los suspiros. Ella se desesperó como una posesa. Le quitó el habla y la sensibilidad. Ella quedó muda, estatuaria. Le quitó la razón y la memoria. Le puso en la mano una pistola. Ella presionó el gatillo varias veces. Ambos cayeron al suelo sobre un espeso lago granate.

El músico

Nadie en el pueblo creía aquello de que cuando ejecutaba una de sus composiciones los muertos resucitaban. A la muerte de uno de los vecinos del lugar alguien lo llamó para que demostrara el poder de su música. Se presentó a medianoche y en pleno velatorio. Llegó vestido de riguroso luto y con su violín fuera del estuche. Nada más entrar en la casa del duelo empezó a interpretar la pieza que consideraba capaz de conseguir resurrecciones. Todos estaban absortos viendo al compositor y escuchando una melodía ligeramente alegre, nada fúnebre. Repararon tarde en los leves movimientos del cadáver. Cuando perdió la rigidez y quedó sentado dentro del ataúd, las señoras dieron gritos, y muchos se desmayaron. El violinista le dio la mano ayudándole a salir de esa caja negra. Lo abrazó. Se lo llevó con él fuera de casa. Nadie volvió a saber nada de ninguno de los dos.

Todo es cuestión de costumbre

A Andreu Ferret S. +

Enrique López L. +

Guillermo Cortés N. +

Norwin Sánchez G. +

Levantó el teléfono, le urgía comunicarse. Estaba desconectado. Extrañado, hasta confuso, hizo varios intentos para lograr la conexión, imposible conseguirlo. Acudió al fax y le pasó lo mismo. Molesto, manipuló el ordenador, tenía en ese momento la expresión facial de quien al fin se encuentra con la esperanza. Tampoco este aparato le obedeció. Dominado por la rabia que brota de la impotencia, decidió salir a la calle y hacer sus llamadas desde un teléfono público. No le fue posible abrir la puerta principal. Caminó hasta la otra atravesando la terraza y pasando delante de la cocina; el nuevo esfuerzo tuvo igual resultado. Sus fuerzas no eran suficientes como para vencer la firmeza de roca de esas dos salidas. Miró desesperado a través de las ventanas y notó algo extraño que tardó en entender. Las casas que estaban frente a la suya habían desaparecido. Procuró desde la posición en la que estaba visualizar las que se hallaban a los costados y aun más allá. No se veía ninguna edificación, habían desaparecido del sitio que ocupaban.

Subió precipitadamente la escalera que conduce a la planta alta, quería ver desde el balcón los alrededores de su casa. Fue imposible, los balcones habían desaparecido. Intentó atisbar la calle desde los enormes y numerosos ventanales. No pudo ser, las ventanas habían perdido gran parte de sus dimensiones y estaban convertidas en minúsculos miradores. Lo único que consiguió ver fue una enorme planicie desértica. Bajó con la rapidez del desespero los veinte escalones para volver a la planta noble. La sorpresa fue mayúscula, el enorme salón estaba convertido en una habitación estrecha y oscura. Habían desaparecido las ventanas y el tragaluz. Así como también toda posible comunicación con el exterior. Más asustado que rabioso, volvió a subir las escaleras de dos en dos peldaños. El panorama le resultó desolador, no había ventanas, todo estaba dominado por la

oscuridad, las habitaciones eran de reducidas dimensiones. Buscó las llaves de la luz sin poderlas encontrar. Bramando y temblando de miedo, decidió volver a la planta baja. Le fue imposible, ya no había escalera y la oscuridad era absoluta.

Optó por saltar al vacío y romper la puerta de salida con una vieja alabarda comprada en una almoneda y que estaba en una esquina del salón. Reparó en que no necesitaba saltar, que ya no estaba en la planta alta, que solamente se mantenía en ese diminuto sitio donde se hallaba de pie. Estiró los brazos como un sonámbulo y sus manos tocaron paredes cada vez más cercanas. Se vio obligado a acuclillarse porque el techo había descendido y empezaba a presionar la parte alta de su cabeza. Lanzó gritos pidiendo ayuda. Nadie acudió a su llamado. En el profundo negror y la aherrojante estrechez, solo le quedaba una alternativa, echarse en el suelo boca arriba. Su cabeza tocaba una pared y sus pies la de enfrente. Quiso maldecir y no acudieron las palabras. Quiso llorar y no le brotaron las lágrimas. Quiso golpear con los puños y los pies todo lo que le rodeaba. Solo entonces advirtió que sus extremidades carecían de movimiento. Lentamente, todo él fue quedando inmóvil, rígido. Al fin pudo saber qué era lo que le estaba pasando.

La edad

Tiene veinte años y una gran curiosidad por su futuro. Ha comprado un espejo que no solo le proporcionará la imagen actual. Debe presionar botones y teclas para verse cuando llegue a los cuarenta, y lo hace. Ve una mujer sin arrugas, aún atractiva y que da la sensación de muy buen ánimo. Busca llegar al medio siglo de edad. Sus ojos se encuentran con una mujer con un gesto de resentimiento, su mirada refleja la derrota. Se desespera, alcanza a mover otros botones. Llega a los sesenta y el espejo no refleja ninguna imagen. Se siente estafada, considera que el aparato es malo. Pasa a los setenta años con resultado similar. Lloro, tiene rabia, maldice, piensa que no puede ser que no alcance esa edad. Tira el espejo al suelo, se hace trizas. Sus lágrimas le mojan el vestido.

Cena con el Dr. Jekyll

A Bonnie Gasior

Sonia, curiosa y pizpireta, invitó a cenar al Dr. Jekyll, quien con el permiso de su patrón Robert L. Stevenson acudió a la cita. La conversación agradable con que se amenizó la cena hizo que el tiempo transcurriera veloz. A los postres, el invitado le insinuó que la noche siguiente podría salir a bailar. Ella evadió respuesta afirmativa. Un momento después, el doctor le insinuó que podrían pasar el fin de semana en el chalet que tenía cerca de Reding, ciudad en la que estuvo preso Oscar Wilde. Sonia respondió que lo pensaría. Jekyll se marchó insistiendo en sus invitaciones. Ella se acostó una hora más tarde. A la mañana siguiente, como de costumbre, vino a buscarla su amiga Carmela. Sonia estaba tendida en el suelo, sin vida y con una corbata alrededor del cuello. Nadie supo nunca que el Dr. Jekyll había cenado en esa casa.

2. HISTORIAS LIBRES

La moneda

A Ruth Romero +

La mano manchada de enormes pecas por los muchos años de vida, aún enérgica, se adelantó a las intenciones del mucamo y sirvió vino tinto en una hermosa copa de cristal de Murano. Con movimiento presto dejó caer una moneda de oro que llegó hasta el fondo del líquido rojo. Bebió despacio y con fruición. La moneda tintineaba al golpear las paredes de la copa. Al terminar de beber, muy satisfecho dejó la copa sobre la mesa. El criado, atento, la recogió y colocó junto a un ejército de otras iguales. En todas brillaban las monedas de oro.

Currículo

A Rocío Silva Santisteban

Escribió tras una breve reflexión: “Nunca he ido a la guerra, tampoco a la universidad. No he buscado trabajo en mi vida. Me gusta desobedecer. Sueño con que moriré fusilado por cuatro hermosas mujeres rubias. No respeto a los mayores y me molestan los niños. Desprecio a todos los jefes del mundo. Culpo de todos los males a la disciplina. No me despierten, quiero dormir sin intermedios”.

La llave

A Natalia García Solé +

Encontró una llave en su camino. Buscó con ansiedad cerraduras que pudiera abrir con el objeto hallado. Su ansiedad duró meses, años; recorrió cientos de kilómetros, pueblos, aldeas, ciudades. Una mañana la llave giró suavemente dentro de una cerradura, se abrió como una flor.

Una modelo

A Maryse Renaud

La fotografiaba diariamente, a las mismas horas y en el mismo sitio, veinte, cuarenta fotos por día en diferentes poses. Le hizo más de tres mil en por lo menos dos docenas de semanas de intenso trabajo. Siempre le aseguraba: así te conoceré mejor. Llegó el momento en que ella, harta, se rebeló y se escapó de la última foto en la que se la veía muy seria y de cuerpo entero, suplicándole que la dejara descansar.

La carta

A Nieves Martín

Escribió con pulso tembloroso a una antigua novia: “Voy a morir pronto, sufro una enfermedad incurable. Te escribo, sobre todo, para pedirte perdón si alguna vez te he ofendido”. Días más tarde recibió respuesta: “Sí, me has ofendido mucho y muchas veces, pero lo tengo olvidado; no te preocupes por mi perdón, hace años que estoy muerta”.

Refugiado

A Sylvia Miranda

Estuve refugiado en unos tormentosos días de 1939. Podía sentir la serenidad del breve jardín que mi madre cultivaba con gran esmero. Ella me leía páginas de los mejores libros de su buena biblioteca. Descansaba oyendo hermosa música. Los días pasaban lentos, parecían resbalar como la lluvia cuando se escurre por los aleros de enormes casas. No se oían gritos, ni órdenes, menos aún llantos. No se veían gestos hoscos ni miradas agrias. Nadie ni nada quebraba la serenidad del refugio maravilloso. Obligatoriamente tuve que alejarme del lugar. Tiempo después, aturdido por los ruidos, desesperado por la dureza de la vida, quise volver a ese ejemplo de paz. Fue imposible encontrar el camino. Nunca supe cómo se podía volver a vivir en el Paraíso.

3. HISTORIAS BÉLICAS

Fusil famoso

A Martha Ribbeck W.

Korda le hace una foto solo de la cara. Al poco tiempo aparece impresa en todas las camisetas del mundo. Le entregan un fusil con el convencimiento de que sabrá defender con él la justicia. Lo sujeta con fuerza, lo sujetará eternamente con igual energía. Sus enemigos quieren borrarlo del mapa, le disparan con metralletas, con cañones; le lanzan bombas sin cesar. Su foto sigue recorriendo el mundo. Su fusil defendiendo a la humanidad. Su nombre lo pronuncian en todas las lenguas del mundo.

En la trinchera

A Neyyire Gül Isik

Un soldado escribe a su novia desde la trinchera apoyando el papel contra su mochila. El fuego no cesa. Caen bombas por doquier, silban balas en todas las direcciones. Le dice a la lejana muchacha: “La próxima semana disfrutaré de un permiso de cinco días, aprovecharemos para casarnos y seremos muy felices”. En el momento en que mete el mensaje en un sobre junto a una florecilla silvestre, una bomba estalla en la trinchera. Vuelan cuarenta soldados. La mano del novio asiendo la carta que está teñida de rojo se pierde en el infinito.

4. HISTORIAS DE AMOR

Una madre

A M.^a Luisa de la Flor de Oquendo

La madre se quitó el ojo derecho y fue a venderlo. Envío el producto de la venta por correo urgente y esperó recibir noticias. Tiempo después le llegó una carta escueta en la que le pedía más dinero. Vendió su pierna izquierda y todo su cabello gris, mandó apresuradamente el dinero y esperó. La respuesta llegó con retraso; en realidad, solo fue un mensaje de clamorosa necesidad. Salió a la calle inmediatamente para ofrecer su pecho escuálido y, como cobró una miseria, vendió también sus antebrazos y algunas de sus gastadas vértebras. El dinero obtenido en su integridad salió ese mismo día por correo urgente. Pasaron semanas hasta que le entregaron un nuevo mensaje desesperado que movilizó a la anciana, quien, angustiada, ofreció su vientre, su estrecha y encorvada espalda, las clavículas y su frente, quiso vender su ternura y su esperanza, pero se las rechazaron, a ningún comerciante le interesó la oferta. El envío lo hizo sin perder ni un segundo. Como de costumbre, cuando llegó una nueva carta, las solicitudes fueron las de siempre y tan apremiantes como en otras oportunidades. Vendió su nariz, sus labios, su cráneo, su inútil y viejo pubis, y le rechazaron por falta de interés su memoria y sus antiguos sueños. Estaba segura de que tras esa remesa sí lo lograría. Cuando varias semanas después recibió una nueva carta, supo que las cosas habían mejorado, pero que aún tenía mucho camino que recorrer. Y, como siempre que necesitaba más dinero, se quitó el ojo izquierdo, la pierna derecha, sus desvencijadas caderas, la arqueada columna vertebral, el corazón, su último suspiro. Pidió que le mandasen el producto de esa venta con la mayor celeridad. Al día siguiente llegó un alborozado telegrama que solo decía: “Madre, no envíes más dinero, he triunfado”.

Buenos consejos

A Eulalia Juárez M.

Deja abierta la puerta, apaga las luces, desnúdate presta; entra en la cama, reviste la noche de gran esperanza, aguarda en silencio, ten mucha paciencia. No verás su rostro en ningún momento. Podrá ser suma de bellos deseos. Ojalá que no equivalga a gran decepción. Si esperas sonrisas, podrías tener llantos. Si temes sollozos, quién sabe, tendrás tu ideal aguardado. Por el cómplice camino de la negrura nocturna, oirás sus pasos de puro silencio que lo llevan lejos. ¡Si vuelve, albricias! Si el tiempo no lo trae pronto, no queda otra alternativa que seguir esperando. De ninguna manera enciendas las luces. Jamás pienses en cerrarle la puerta.

Novios felices

Se miraban a los ojos y suspiraban al unísono. Una sonreía, el otro también. Uno besaba justamente cuando la otra lo estaba deseando. Leían simultáneamente el mismo libro. Tocaban el piano a cuatro manos. Escribieron por separado un poema de amor; al cotejarlos se dieron cuenta de que solo diferían en una coma. Les encantaba dormir mirándose a la cara. Hicieron un largo y hermoso viaje durante el cual conocieron mucha gente agradable. Ella suspiró ante una cara que no era la de él. Él sonrió emocionado ante unos ojos que no eran los de ella. Al volver a casa una noche, ella durmió sin mirarlo. Tiempo después ambos dormían dándose la espalda.

Mensaje encantado

A Rosa Lozano

Solo vio una sonrisa roja delante de sus ojos. El silencio que dominó los instantes posteriores le pareció una hermosa melodía. Con un gesto amable ella rechazó su invitación para hacerle compañía en

el bar. La vio alejarse como si sus pies no se apoyaran en el suelo. Tras unos pocos pasos, la muchacha se detuvo, giró la cabeza. Con delicioso movimiento se quitó una sandalia que lanzó suavemente y la hizo volar como un pájaro. Al caerle en las manos, el hombre acarició los pétalos de una exuberante rosa encarnada.

La despedida

De pie, con solo un hermoso salto de cama granate, recibía a todos los que venían a darle el pésame. Consolaba a las llorosas, reprendía a las que hablaban en voz alta y hasta reían a carcajadas. Una jovencita de semblante triste se encargaba de servir copas, café, bocaditos, pasteles. Cuando él, cansado de recibir condolencias, decidió asumir su verdadero papel, se despojó de la bata y pidió a todas las damas que se acercaran a besarlo. Enseguida, parsimonioso, entró en el ataúd.

Fotógrafo enamorado

Fotografió sus pies, las uñas de sus pies, una por una. Fotografió el fino talón rosado. Luego les llegó el turno a los tobillos. Al empeine, a los delicados rincones que forman los dedos de los pies. En todo ello fue tan minucioso como cuando captó los labios, las comisuras, las mejillas, la barbilla, las pestañas. No se le había escapado nada. El cuello lo había fotografiado desde diferentes ángulos. Las rodillas las captó en la plenitud de su redondez. Las instantáneas de los dedos de sus manos fueron muchas. Dedo a dedo, falange a falange, uña a uña. Fue mucho más minucioso cuando le tocó captar el ombligo, el coxis, los senos y los pezones. Las sesiones diarias eran larguísimas y agotadoras. Ella se quejaba de cansancio. Él respondía que faltaba muy poco, que la foto sería gigante, más alta que el edificio más elevado del mundo. Iría armando su cuerpo y su cabeza como si fuera un *puzzle*. La modelo, harta, dejó de concurrir un día al taller. Luego fue una

semana. El hombre se quedó con la enorme fotografía sin pelo, sin ojos, sin sonrisa; se desesperó por el trabajo inacabado. La rabia le inundó al comprobar que ella había huido. Resentido, subió al edificio más alto con la foto incompleta de la mujer que más había amado, la hizo pedacitos y la soltó como una lluvia carnavalesca.

5. HISTORIAS FANTÁSTICAS

Grito de terror

El susto traspasó su cuerpo; dominada por el miedo, lanzó un grito desesperado. El grito salió de la casa, recorrió calles, plazas, parques, mansiones, salones de baile, peluquerías, universidades; siguió avanzando hacia estadios de fútbol, bibliotecas, teatros, campos eriazos. Ella cayó al suelo sangrando a borbotones, el puñal que le había roto la yugular estaba a su lado. El grito sin dirección, totalmente extraviado, siguió avanzando.

En la cumbre

Buscaron la mesa más escondida del restaurante para poder hablar con tranquilidad. Toda la conversación giró en torno a los momentos maravillosos que habían vivido en minutos anteriores. El hombre recordó el grato y sobrecogedor momento en el que ella se despojó de la falda. La muchacha, aún transida de emoción, evocó el beso con que iniciaron la deliciosa intimidad. Ambos coincidieron en que sus cuerpos se entendían a la perfección. “Hablan el mismo lenguaje”, dijo él. Ella aceptó sonriendo feliz. Súbitamente, la vitalidad de la charla empezó a derivar hacia el silencio. Se miraron como interrogándose. Ninguno de los dos arriesgaba nuevas palabras. Temblaban pensando que habían llegado a la cúspide sin pensar en sus respectivos hogares.

En el diván

Una dama muy vieja, desdentada y plagada de arrugas visita todos los días al psicoanalista. Le cuenta siempre la misma historia: que conoció a una bella jovencita plebeya que casó con un hermoso príncipe. No le dice del gran error cometido por la jovencita, que había abandonado a siete pretendientes impresionantemente enamorados de su belleza. Tampoco que la boda con el príncipe le hizo perder la gran oportunidad de ser la primera mujer dueña de un harén masculino. No menciona quién es la jovencita. Calla que quedarse con ellos se habría convertido en un amor sin término. Cansada de uno pasaría al otro y con esas continuas sustituciones jamás habría sufrido hastío. Solo le deja saber que su palacio es muy frío, que su marido es aún más frío, que ella se va sintiendo cada día más helada. Y pregunta: “¿Hay remedio para esta situación?”.

6. HISTORIAS TREMEBUNDAS

Lector ciego

A Alicia Jurado +

Hubo un hombre de mediana edad que perdió la vista tras leer un millón de libros en diferentes idiomas. Un día cualquiera se apagaron sus ojos y se iluminó como nunca su cerebro. Creció su palabra como un árbol alto y frondoso, como un río cristalino e interminable. Todos le decían maestro, y él les pedía que no lo reverenciaran con esa palabra, que le dijeran Borges a secas.

Las manos

Tras su decisión que condena al prisionero, Poncio Pilatos se lava las manos con persistencia, una y otra vez. Un esclavo le alcanza la toalla y él se seca parsimoniosamente. Se vuelve a mirar las ma-

nos, las contempla un momento y las encuentra completamente limpias. Es hora de volver a casa. Su mujer lo recibe cariñosa; de pronto mira sus manos, se asombra: “¿Por qué las tienes tan sucias?”, le pregunta con aire de reproche y amargura.

Patético

Dos ancianos discutían en una esquina. Uno enarboló un puño, el otro quiso adelantársele y lanzó el brazo hacia adelante. Ninguno de los dos conseguía acertar un puñetazo en la cara del adversario. El intento de levantar el pie para patear al otro era inútil. Exhaustos por el gran esfuerzo realizado y sin haberse podido golpear con sus cansadas extremidades, se sentaron en el suelo al no encontrar otro sitio de descanso. Aún sin recuperarse de la fatiga totalmente, se pusieron de pie y emprendieron camino. Llevaban la misma dirección. Anduvieron juntos sin hablarse un largo trecho. Al llegar al final de la calle se dieron la mano. No hubo ni palabras ni sonrisas. Cada uno tomó camino lento y diferente.

Señor Mar

La mujer siempre había visto al mar como a un dios enfurecido. Procuraba contemplarlo de lejos. Ver las enormes olas que se rompían como cristales en millones de pedazos antes de llegar a la playa. La curiosidad pudo más que el miedo. Se quitó los zapatos y se acercó a él como si se aproximara a un fantasma que la asediara desde pequeña, con gran respeto, hasta con sigilo. Se arrodilló sobre la arena mojada y les suplicó calma a esas aguas embravecidas. Quedó dormida y soñó que un mar manso como un cordero le besaba los pies. Despertó con el furioso ruido del reventar de las olas. Gimió, lanzó alaridos, gritó enloquecida por el miedo. Una ola la abrazó, otra la besó, una tercera la envolvió con calidez y se la llevó mar adentro. Se sintió como envuelta por la tranquilidad. No hizo nada por escapar de ese enorme abrazo, se dejó llevar mansamente.

Gente de circo

Había aprendido a ladrar a la perfección. Rugía igual que el rey de la selva. Llegó a relinchar como un caballo de pura sangre, y hasta imitaba el barritar de un elefante. Su domadora sin soltar el látigo lo premiaba con un beso y los dos oían contentos los aplausos del público. En la siguiente población que visitaba el circo, se volvía a presentar con éxito ese mismo espectáculo; la única modificación estaba en que él llevaba el zurriago y ella hacía las imitaciones.

El mudo

Desde su infancia había oído decir que guardar silencio era una virtud, que los charlatanes lo echaban todo a perder. Se esforzó por aprender a callar, aunque no era algo agradable para él. Cuando ya le era imposible soportar más tiempo mantenerse silente, corría hacia un descampado o hacia cualquier lugar lejano del centro de la ciudad y con muy pocos vecinos, y se dedicaba a gritar y maldecir como un demente hasta caer agotado. Regresaba a la ciudad aliviado y dispuesto a seguir guardando su hermetismo. Llegó un día en que su desasosiego por el silencio fue tan inmenso que no pudo contenerse y en plena calle empezó a hablar como un delirante, horas, días hablando sin descanso y sin dirigirse a nadie en especial. Cuando empezó a dar chillidos, a lanzar maldiciones, la gente se apartó de él y lo miraba a la distancia. Hubo un momento en que el cansancio lo devoró y cayó fulminado a tierra. Nunca volvió a levantarse.

Rechazada

El desprecio del banquero le dolió como si le hubiesen dado veinte latigazos. El capitán de policía procedió igual que el banquero; ella sintió como si le estrujaran el alma. La mirada displicente del muchacho que tanto le gustaba le hizo derramar muchas lágrimas. Tras cada decepción se miraba al espejo; no era bella, lo sabía, pero

le parecía que tampoco era tan desagradable. Después del décimo desprecio en un mismo día, volvió a ponerse frente al espejo. Descubrió su pobreza en la ropa, en su piel, hasta en la forma de mirar. Desesperada, pensó en el suicidio. ¿Una pistola, el piso 20 de un edificio, una copa de cicuta? Compró la pistola, la guardó en su viejo bolso de hule. Salió de casa en busca de sus despreciadores.

Opuestos

La pareja espera la luz verde del semáforo para cruzar la calzada. Ella es una hermosa mujer rubia, alta, de elegantes movimientos. Él es un enorme hombre fuerte, recio, está vestido de blanco, pero ¡oh, sin cabeza! Por sus manos se adivina el color de su piel, son de color azabache. Los que los ven de frente desde la otra orilla de la calle tienen gran curiosidad por descubrir la cabeza de él. Cuando aparece la luz verde, el hombre alto, fuerte, muestra su cabeza y su risa blanca, escondida durante la espera sobre el pecho de la bella dama.

Largo viaje

A Vera Ilijasevich

Por los altoparlantes del aeropuerto advirtieron que el vuelo tendría una duración de 365 días, que no estaba prevista ninguna escala. Se recomendaba también que los pasajeros dejaran todos los días sus habitaciones antes de las doce del mediodía para que las camareras pudieran arreglarlas. Las azafatas indicaron a los viajeros que la piscina solo se abriría los fines de semana. Igualmente anunciaron que el clima de Júpiter estaba muy oscilante, que había llegado a 40 bajo cero. Todos recibieron antídotos contra el frío. Se recomendaba a quienes no hablaran lenguas propias de ese planeta que tuvieran un buen dominio del sistema gestual elaborado especialmente para estos viajes. Cuando todos estaban instalados en el enorme avión, el capitán hizo saber que no era necesaria la utilización de dinero; no existía en Júpiter, todo era para quien lo necesitara. Finalmente, se

les advirtió a los pasajeros que quienes quisieran quedarse en aquel lejano planeta podían hacerlo. Ya en vuelos anteriores, casi la mitad de los pasajeros había renunciado a su retorno a la Tierra. El avión con mil personas a bordo alzó el vuelo y se perdió entre las nubes.

7. HISTORIAS MISERABLES

Tres siglos

Le dijo a su hijo adolescente, un día de enero de 2345: “Hace más de 300 años los escritores tenían que trabajar sus textos con las manos, pobres de ellos, tanto esfuerzo físico para llegar a convertir en libro su pensamiento. Ahora te colocas en las sienes esos pequeños aparatitos del tamaño de una lenteja y vas viendo todo lo que piensas en la pantalla que está frente a tus ojos. Una delicia. Y lo que vendrá más adelante”.

La respuesta del esclavo

A Patricia Colchado

El amo lo llamó, enérgico. Siempre tenía el látigo en la mano. Le anunció que en adelante trabajaría 15 horas diarias en lugar de las 12 habituales. Antes de empujarlo con el mango del látigo para que se alejara, le hizo otra advertencia. Tendría que dormir a la intemperie y en soledad. El siervo agachó la cabeza en señal de aceptación. Cuando la levantó, tenía un revólver en la mano. El amo, aterrorizado, soltó el látigo y hasta pareció dispuesto a pedir de rodillas que no lo matara. Recuperó el aliento al oír la detonación. La cabeza del esclavo voló en mil pedazos y la sangre del siervo bañó de arriba abajo al gran señor.

El beso de la abuela

A M.^a Ángeles Vásquez

Con paso titubeante avanzó hasta la línea de fornidos guardias. Pidió que la dejaran pasar, su voz parecía que se iba a romper tras cada palabra. Como pasaporte alegó que llevaba un beso para el gran señor. Los guardias se extrañaron, burlonamente la dejaron entrar al enorme salón. Tardó una cadena de momentos preciosos hasta llegar al estrado. Más guardias le dieron el alto. La voz de niño de la vieja rogó que le dieran paso para besar la mejilla del poderoso. Nuevas burlas y la mujer pudo acercarse hasta la hermosa butaca del reverenciado caballero. “Vengo a besar tu gallardía, tu decisión inmovible y tu don de mando”. Disgustado, el gran jefe aceptó la propuesta. En ese mismo momento se produjo la gran explosión que brotó del bolso de la anciana pulverizándola a ella y al dictador.

